

Triste FIN de JUANITA ELIZONDO



Público honrado, atención a la noticia que de mis labios se desprende en esta vez voy á narrarles una historia de desdicha, si en algo falto creo que me dispensareis.

En el Estado de Tabasco, lindo pueblo Marte, partido llamado Sibalcán, se ha perpetrado un accidente muy acerbo como el del justo Zacarías en Israel.

Ese pueblo fue teatro de la Escena, con la familia de quien nativo era Elizondo había una joven que por ser cándida y bella era á la vez el querubín de aquel contorno.

En la Parroquia de ese pueblo había tambien un sacristán de nombre Juan Morales, el cual quería con dicha joven a la vez en santa unión poder llegar á los altares.

Mas dicha joven á otro ser idolatraba á quien había hecho dueño de su noble corazón, por tal motivo á Morales desdeñaba, siempre esquivando su amorosa pretención.

Al ver Morales que no era correspondido quiso saber el motivo y la razón y en sus desvelos que comentaban sus delirios de una horrible estratagema se valió.

Como Juanita era un querubín el santo templo era el lugar de su oración y Juan Morales pisoteando sus virtudes allá en el templo le jugó una vil traición.

Un día fatal en que esta joven visitara aquel santuario que era de ella el dulce hogar y Juan Morales desde el templo la acechaba con el instinto más feroz que un cruel chacal.

Al verla dijo así: Desea usted confesarse, para que pase yo el recado con premura, y ella luego contestó sin inmutarse: Puede Ud. hacerlo, aquí espero al Señor Cura.

Se disfrazó con la sotana del Prelado y remedando al sacerdote á paso lento se dirigió con alegría al confesonario y en esa hora se aprovechó del tiempo.

La incauta joven de rodillas se acercaba hasta llegar á donde estaba su Iscariote, sin comprender que sus pecados revelaba á Juan Morales y no al sublime sacerdote.

Fingiéndole el timbre de la voz dijo el infame: di tus pecados, no tengas embarazo, y contestó diciéndole: me acuso, padre, que tengo un novio y lo quiero con agrado.

También acuso que el sacristán J. Morales á cada instante ¡ay! me perturba, padre mío, yo no le quiero por sus pocas cualidades, otro es el dueño de mi amor y mi albedrío.

En tan dura confesión quedó aturdido y disimulando su cruel desesperación dijo a la joven: Dios propicio sea contigo, más voy y vuelvo á darte la absolución.

Llegó á su cómoda y sacó con gran premura una pistola que tenía con cinco tiros, en esa hora Satanás sería sin duda quien le instigaba con aquel malvado sino.

Con una mano se quitó el traje bendito mientras con la otra aseguraba á la inocente, reconviniéndole como único delito que no le amaba y le iba á dar la muerte.

Así se fue sobre ella disparando los cinco tiros de aquella arma destructora, calló ese cuerpo, inmolado en el recinto y su alma noble remontóse al cielo.

Al oír los tiros salió el cura apresurado y otras personas más cercanas que había allí, en el momento al homicida capturaron que ante las leyes no hizo más que sucumbir.

Esto fue el año de mil novecientos trece, el mes de junio, triste fecha memorable en que con sangre de una víctima inocente quedó violado el Santo templo y sus altares.

Pueblo de Marte, se acabó ya tu grandeza y aquella joven que guardaba tu decoro quedó violada para siempre ¡oh qué tristeza! ¡maldito el hombre

que hizo un hecho tan notorio!

